

FINALISTA XIX PREMIO
«CAROLINA CORONADO» DE NOVELA 2021

EL PRECIO DEL AIRE





EL PRECIO DEL AIRE

Sergio Pérez Pariente



© Sergio Pérez Pariente (de la obra)

© Cosecha negra ediciones (de esta edición)

Primera edición en Cosecha negra ediciones: abril de 2023

Diseño de cubierta: Domingo Carrasco

Maquetación: J. Antonio Lerate

Corrección: José López Falcón

Coordinación editorial: Pedro J. Martín

cosechanegraediciones@gmail.com

www.cosechanegraediciones.es

ISBN: 978-84-126865-0-0

Depósito legal: H 74-2023

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

ÍNDICE

Primera parte

Cap. 1 – Chéjov en Némada	9
Cap. 2 – Presión	23
Cap. 3 – Hilos del pasado	39
Cap. 4 – Contra la corriente	61
Cap. 5 – Escritos y escritores	81
Cap. 6 – Maldad	101
Cap. 7 – Ausencias	115
Cap. 8 – Fracturas	133

Segunda parte

Cap. 9 – Colapso	149
Cap. 10 – Los Jardines del Bambú	171
Cap. 11 – Camaradas	189
Cap. 12 – Golpes	209
Cap. 13 – Leviatán	231
Cap. 14 – Muerte y resurrección	259
Cap. 15 – Los días que vendrán	281



Aunque carecían de alas y sin fuego sucumbían al invierno, los hombres cercaron primero las tierras y los bosques, y en adelante hubieron de pagar un precio por el suelo en que levantaban sus moradas y sus huertos, y por la leña que mantenía con vida sus hogares.

Después cercaron las aguas, aunque sin agua los hombres morirían de sed, y bendijeron los grifos y las canalizaciones, y pagaron con monedas el maná que las nubes les habían concedido libremente.

Por último, cercaron el aire, aunque los hombres no estaban exentos de respirar. Y bendijeron su precio, el precio del aire, y lo acataron como la senda inevitable del progreso.

* * *



— PRIMERA PARTE —

CAPÍTULO 1

Chéjov en Némada

Como cada día a la misma hora, un puñado de chiquillos harapientos revoloteaban por el punto de servicio, sus pequeñas espaldas cubiertas por respiradores defectuosos que otros habían desechado. Las máscaras de oxigenación sucias, casi opacas, ocultaban sus rostros mientras rebuscaban en los grandes cubos de reciclaje tras forzar el mecanismo de apertura, o mientras aguardaban la llegada de algún ser compasivo que dispensara unas monedas.

En contadas ocasiones, una piedad excepcional se apoderaba de algún prójimo, que dejaba un respirador usado en la zona de recarga. Siempre de modo furtivo, ya que la entrega gratuita de AURA —equipos Aures de respiración autónoma—, aunque fuera por razón de humanidad, se castigaba fuertemente en Némada, la autárquica ciudad-Estado. La ciudad sin aire.

Entonces vieron al jinete y su montura, una enorme yegua de color canela, y echaron a correr en distintas direcciones. Sabían que, en el mejor de los casos, con la aparición de un policía los actos de compasión habrían de esperar por tiempo indefinido; en el peor, el jinete uniformado se lanzaría tras ellos por las callejuelas, impulsado por el sadismo y por una torcida interpretación del deber, en proporción siempre incierta.

Sin embargo, el comisario Targen Rafiz, responsable de la Brigada de Homicidios de Némada Norte, distaba de ser el peor

de los casos, de modo que se detuvo indiferente junto a la columna Aures, descabalgó, conectó la boca de recarga de su respirador autónomo y activó el mecanismo de llenado con su código personal.

La yegua relinchó agitando sus anómalos ollares, que se abrían en una colosal cabeza de ojos desorbitados donde la crin se había expandido sin medida. Pese al aspecto de fiera fabulosa sacada de antiguas historias, la suya era, en realidad, la de muchos animales nacidos tras la imposición del Gran Aire, hacía ya quince largos años.

Fue entonces cuando las grandes chimeneas de la corporación de Sven Aures, magnate y gobernador de Némada y el Páramo, liberaron las primeras dosis tóxicas que terminarían de envenenar la atmósfera patógena de antaño. Se inauguraba así la era del OMA, del oxígeno mejorado Aures, del Gran Aire, con el amparo de un Parlamento títere y la aprobación de una ciudadana sometida a la constante propaganda sobre las bondades que traería el oxígeno enlatado del gobernador.

Como resultado, un número incierto de seres humanos y la mayor parte de la fauna habían dejado de existir. Hubo especies que lograron adaptarse, pero sus crías desarrollaron a menudo deformaciones grotescas.

Los caballos, que también habían perecido en masa, tenían un valor especial en Némada. Con la escasez de combustible y la ciudad sumida en una calculada regresión tecnológica, habían desaparecido los vehículos a motor y retornado formas arcaicas de locomoción. Los hombres y las bestias volvían a cabalgar juntos, aunque solo para privilegio de unos pocos, sobre todo miembros del Gobierno y las fuerzas de seguridad, además de las tropas de élite que protegían a Aures y sus diputados.

En esta mañana gélida de Némada, en la que ya pocos percibían el silencio de los pájaros ausentes, el comisario Rafiz cruzaría la ciudad para llegar hasta los barrios orientales, donde pocos

de sus propios hombres osaban internarse. Allí se encontraba el Sector Seis, una zona infestada de crimen y abandono donde la gente, pues de gente aún se trataba, solía morir de asfixia en la soledad de sus cubículos, una vez ejecutadas las desconexiones por impago.

Y allí habitaba Franz Benhuri, un viejo colega que había dejado el cuerpo mucho tiempo atrás, tras haber visto demasiado y bebido mucho más. Desde entonces, Targen le visitaba de manera ocasional, llevándole una botella de buen vino que Benhuri recibía con la sonrisa del que rara vez recibe. Ese día, sin embargo, era otra la intención que lo guiaba. Los motivos se alejaban de lo personal y se adentraban con un chapoteo fangoso en los terrenos sombríos del comisario Rafiz.

Terminada la recarga, Targen dejó caer unas monedas junto al dispensador. Nadie advertiría el gesto en aquel solitario lugar. Pero los chiquillos volverían.

* * *

Había subido al galope la empinada cuesta y ahora contemplaba el Sector Seis, aquel triste valle de viviendas precarias cuyo límite parecía fundirse, en la lejanía, con las fumarolas verdosas que ascendían desde el Páramo. Todo parecía vacío, petrificado, la postal de una civilización extinta ante cuyas ruinas nadie se conmoviera jamás.

Y sin embargo, Targen sabía que un millón de almas luchaban allí a diario, alumbrando incluso nuevas vidas mientras peleaban por las propias en un entorno que gritaba muerte a todas horas. Eran batallas silenciosas, libradas quedamente en interminables jornadas de trabajo al servicio, casi siempre, de la corporación Aures, y con el único objetivo de lograr el magro salario que pagaría la próxima factura doméstica de OMA. Eran batallas que dejaban cada día decenas de caídos.

Franz Benhuri vivía cerca de la entrada sur, de modo que Targen se adentraría poco en el Sector, apenas cuatro o cinco calles. No obstante, empuñó con firmeza su BK-49 antes de acometer la bajada.

Pronto se encontró en la avenida Zinner, una de las arterias principales, repleta de tiendas y negocios ya vencidos, derrotados por la imposición del Gran Aire y la subversión de los hábitos que ello supuso. En aceras y calzada la suciedad se acumulaba y dispersaba a voluntad, o a la voluntad del viento que soplara, como casi todo en la Némada de aquellos días. Después pasó junto a las escaleras de acceso al Puente de la Luna, un colosal viaducto climatizado y financiado por el gobernador, y por el que todas las mañanas miles de obreros enfilaban sus bicicletas en dirección al Centro de Producción Seis, uno de los muchos núcleos de concentración laboral con que el magnate cimentaba su imperio en la ciudad sin aire.

A esta hora todos se afanaban ya en el CP6, así que nada alteraba el cuadro de ausencia humana en que Targen se hallaba inmerso. Solo al atravesar la arcada de la Cuesta del León divisó el comisario Rafiz la silueta parada de un jinete y su caballo. La negra masa con capa y fusil contrastaba con la blancura nívea del animal. Únicamente el cuerpo de exterminadores montaba caballos blancos en Némada. No era raro verlos en el Sector, deambulando en solitario por las calles desoladas, en busca de piezas que justificaran su función y privilegios.

Targen espoleó a su yegua y descendió otros cien metros para tomar la calle de San Telmo, donde destacaba la fachada añil de una casa bien cuidada. En su porchecito de madera barnizada, unas pequeñas macetas con cactus de flores naranjas y amarillas daban una bienvenida antigua, de la época en que el mundo aún no había perdido su calor y el aire transmitía jazmines y el rumor de los encuentros.

El comisario se detuvo y bajó de su montura. «Ahora vuelvo, Tierra», le susurró mientras la ataba a la baranda. Sin desprenderse del fusil, subió los pocos peldaños que lo separaban de la puer-

ta y llamó al timbre. Desde la llegada del Gran Aire, abrir puertas exteriores se había convertido en algo incómodo y ritualizado, en especial para los enfermos y los temerosos, que habían de ajustarse primero sus respiradores y después ir cerrando cuantas puertas interiores hubieran abierto en su camino hacia el vestíbulo, de modo que el veneno penetrara lo menos posible en el lugar. Muchos, no obstante, solventaban la ocasión sujetando contra el rostro un simple pañuelo o un trapo de cocina, mientras que otros, la minoría a la que pertenecía Benhuri, abrían de par en par a cara descubierta, desafiando la agenda deletérea impuesta para gobernar sus vidas.

—Hola, Franz. ¿Puedo pasar?

* * *

Sentado en el sillón de orejas por cortesía de su anfitrión y despojado ya de su equipo oxigenador, el comisario Targen Rafiz sorbía la amistad del café humeante con la avidez de un vagabundo al que sorprende la mañana.

Dos cabezas infantiles lo observaban tras el quicio de una puerta, creyéndose ocultas por la penumbra del corredor. Targen sabía que Franz llevaba años alojando a familias amenazadas de desconexión o ya desconectadas del Gran Aire. También sabía que lo hacía por pura bondad, pues Franz Benhuri era un hombre bueno en toda la extensión de la palabra. Esto le emocionaba y le incomodaba por igual. Le recordaba que la humanidad del individuo era un reducto inviolable si se sabía proteger, y que los diez años de Benhuri en la Brigada de Homicidios no fueron razón suficiente para rendir el bastión. Por otro lado, sin embargo, el reflejo que veía Targen cuando se miraba en su viejo compañero le desgarraba por dentro cada vez, recordándole quién era y a quién pertenecía, y todo lo que no era y lo que jamás tendría.

Targen sonrió y saludó levemente a las cabezas, que desaparecieron de súbito con ruido de calcetines.

—Venga, comisario, suéltalo ya —le animó Franz agitando su lata de cerveza mientras se arrellanaba en el sofá, llenándolo con su corpachón y cordialidad.

—Hace unos días mataron a un tipo en La Isla. Lo estrangularon por la noche en un callejón.

—Un momento, amigo —interrumpió el otro deslizándose hasta la puerta de las dos cabezas para cerrarla con suavidad. Después regresó al sofá con expresión sombría. La Isla era el lugar al que acudían jugadores y buscadores de placer, una porción de Némada tomada por casinos y burdeles legales y clandestinos.

—Se llamaba Mirzen Granta, trabajaba en el Ministerio de Información. No era un pez gordo. El caso es que el mes pasado se cargaron a otro tipo, un tal Smagora. También estrangulado, también en La Isla.

—¿Y compañero del otro?

—No. Smagora también era miembro del Partido, pero no estaba asignado a ninguna división. Era una especie de estadístico que preparaba informes para distintos departamentos. Otro personaje gris, al igual que Granta.

Benhuri escuchaba con atención. Tenía la mirada fija en Targen y parecía haber olvidado su cerveza. El comisario dio otro sorbo a su café antes de continuar.

—En ambos casos sin testigos. Y en ambos casos dejaron estas notas en la boca de las víctimas.

Targen le pasó dos papeles arrugados y manchados que contenían idéntico mensaje. Estaba escrito a mano y Benhuri lo leyó despacio, murmurando como un anciano que descifrara la pequeña letra de un medicamento:

*Un cerdo menos. Abajo el régimen.
Frente Armado para la Liberación de Némada.*

Un tosco sello con las siglas «FALNE» y un ave rapaz de mirada torva con las alas desplegadas culminaba aquella sucinta muestra de literatura criminal.

—Vaya, comisario. Esperaríamos cualquier cosa salvo el surgimiento de una resistencia activa contra el régimen, ¿verdad? —reflexionó Franz—. Aunque, bien mirado, nada demuestra que se haya alcanzado ese punto. Podría ser todo obra de un lobo solitario; y de hecho es la misma mano la que escribió estas dos notas, no hace falta ser grafólogo para adivinarlo.

—Puede que tengas razón, Franz. Nada demuestra que exista tal grupo, aunque nada demuestra tampoco lo contrario. Lo estamos investigando. Sin resultado, hasta el momento.

—Lo siento, pero no veo de qué modo podría ayudarte este cincuentón desengañado y alérgico a su antiguo oficio. ¿Qué esperas de mí exactamente, amigo?

—Dadas las circunstancias que rodean estas muertes, se está llevando todo con mucha discreción. No deseamos ataques de pánico en las filas del Partido, ni arrastrar por el barro el nombre de las víctimas y sus familias, de modo que actuaremos con cautela, paso a paso y con la cabeza fría.

—¿Qué quieres, Targen?

—Desde el segundo cadáver hay mucha presión desde arriba, Franz.

—¿Pero a qué viene tanto rodeo? ¿Qué demonios quieres, comisario?

—Que me digas dónde encontrar a tu hija.

—¿Cómo? ¿A Razan? ¿Qué tiene que ver ella en este asunto?

Benhuri se incorporó como un resorte. El gesto se le había agriado de manera irrevocable. Targen no conocía a ser más bondadoso que aquel hombre que arriesgaba su pellejo cobijando a familias en peligro sin predicar el evangelio ni reclamar para sí la causa; sin embargo, sabía también que ese mismo hombre arrancararía el corazón de quien metiera a Razan en apuros.

—Absolutamente nada. Nadie sospecha de Razan, a pesar de su pasado.

—¿De su pasado?

—De sus afinidades políticas, de sus ideas radicales, de las compañías que frecuentaba, Franz. Me dijiste que había cambiado y así lo creo, pero necesito hablar con ella.

—Comisario, mi hija pintaba, leía, maltrataba la guitarra y me despreciaba de la salida a la puesta de sol mientras juraba cambiar el mundo y nunca ser como yo. En esto consistían sus actividades revolucionarias.

—Sabemos que no tiene domicilio fijo, Franz. ¿Me darás su dirección actual?

—Tengo asuntos que atender, comisario —dijo el otro caminando hacia el vestíbulo—. Me alegro de haberte visto, pese a todo. No olvides el vino la próxima vez.

Con sonrisa forzada, Targen Rafiz se levantó del sillón, se colocó su AURA con parsimonia y agradeció a Benhuri su tiempo y su café.

—Sé prudente, Franz. He visto exterminadores por la zona.

Fuera le esperaba Tierra, que relinchó con agrado al verlo. La calidez de aquella bestia monstruosa era lo más parecido a una amistad que había tenido en muchos años, quizá durante toda su vida; a excepción de su hija Mai, que a sus diecisiete años se había convertido ya en su mejor confidente y compañera de fatigas, y de la que tomaba, secretamente, lecciones de coraje cada día. A Targen no dejaba de asombrarle que de un ser como él se hubiera forjado otro como ella. Que de aquella ganga inerte y despreciable pudiera desprenderse aquel oro cegador, la única luz que le quedaba en su oscura itinerancia por la ciudad sin aire.

* * *

Pero por fin se me permitió salir al balcón. El sol y la leve brisa marina acariciaban mi cuerpo enfermo. Yo contemplaba las famosas góndolas, que navegaban con gracia femenina, serenas y altaneras, y parecían vivir y sentir toda la magnificencia